

Bajo la Piel

Miranda Soriano



Capítulo 1

Alaridos, muerte y desmembramiento. Gente muriendo, gente gritando, gente rogando por sus vidas y quedándose congelada.

Despertó pegando un brinco, incorporándose inmediatamente en la cama.

Una pesadilla igual que las de siempre.

Se dio cuenta de que tenía la garganta seca y su pecho se agitaba violentamente, mientras que su corazón palpitando velozmente era todo lo que alcanzaba a escuchar.

Las imágenes permanecieron fijadas a sus retinas; todo era muertes y masacre, las calles de todas las ciudades que había conocido estaban inundadas de sangre y cadáveres mientras que un sol negro que irradiaba luces oscuras cubría el cielo. En el suelo había criaturas deformes, causantes de la extinción del universo.

Eran del tamaño de personas, pero no tenían forma. Como charcos de agua negra cual petróleo que se movían a voluntad.

Faye no pudo tranquilizarse hasta que hubo parpadeado varias veces. Sintió la colcha empapada de sudor y vio su habitación envuelta en penumbras, y se dio cuenta de que ya estaba despierta y que la realidad estaba bien. Por lo menos para el resto de la humanidad.

Se puso de pie.

No tardaría en amanecer, y ya no le apetecía volver a la cama para tener más de esos monstruosos sueños. Se dirigió a la ventana cubierta por cortinas oscuras; soltó un suspiro aliviado cuando las hizo a un lado y vio las calles tan aburridas como siempre mientras que, allá sobre el horizonte, comenzaba a alzarse un sol normal.

Dejó que su vista vagara sobre el escenario por varios segundos, casi convencida de que si parpadeaba las cosas cambiarían y se volverían tal como las había visto en sueños. Pero no sucedió. Todo seguía tranquilo, aburrido, normal, sin caos o muerte.

—Cálmate —susurró, sobándose las sienes—. Cálmate... Todo va bien.

No pudo hacerlo.

No había podido estar calmada desde hace mucho.

Capítulo 2

Esas pesadillas le habían atormentado hasta volverla paranoica, y todo era culpa de esa cosa que vivía en su interior, esa maldita criatura que cada vez se movía dentro de ella con mayor vivacidad que el día anterior.

Debía ser un monstruo de una dimensión lejana, infestada por horrores, un demonio sin brillo ni encantos; un parásito que pronto contaminaría el mundo entero.

Le temía, ¿y cómo no? Se encontraba moribunda por su culpa. Estaba asquerosamente enferma gracias a las extremidades sin forma que hurgaban debajo de su piel y manipulaban sus pensamientos, jugando con ella desde dentro.

Apartó la vista de las calles cuando aquellos innumerables miembros viscosos y deformes se hacían espacio detrás de su estómago y abrazaban parte de su espina con un chasquido. Faye se tomó el vientre con las manos y cayó de rodillas al suelo, sintiendo cómo la criatura alojaba su cuerpo en todos y en ningún lado a la vez, como una bola de humo que se materializaba en un lado y el otro, pero que terminaba por desaparecer para hundirse en un sueño profundo.

Soltó un quejido falto de aire, esperando a que el parásito dejara de moverse. Sus tripas se revolvían, mientras ella no sabía si era solo por náuseas o por los roces constantes de la criatura; sus extremidades a veces se sentían como dedos diminutos mientras que otras veces solo eran sensaciones, sacudidas, dolor atroz.

Sus costillas crujieron, arrancándole el poco aire que le quedaba en los pulmones, y la piel de su pecho escuálido se estiró y abultó mientras el parásito pasaba por debajo de ella. Faye sintió cómo la criatura se fundía con su esternón, enterrándose las uñas en los costados.

No podía hacer nada más.

El parásito terminó de revolverse y por fin permitió a Faye respirar, la piel antes abultada volvió a la normalidad.

Tan pronto abrió la boca para respirar, algo le subió por la garganta; Faye se incorporó para tambalearse hasta el baño, pero a medio camino un líquido espeso comenzó a gotearle por la nariz y ya no estaba segura de qué podía ser aquello.

Capítulo 3

Abrió la puerta de una patada, encendió las luces, y se encontró con aquel reflejo que tanto detestaba: una Faye que ya no conocía, con ojos aterrados de vivir y cicatrices por donde se viera.

Apenas tuvo tiempo de ver su reflejo pues de inmediato se dejó caer ante el inodoro, vomitando partes iguales de sangre y grumos extraños manchados de líquido negro cual tinta. Al verlos, Faye se dio cuenta de que las partes más sólidas eran pedazos medio molidos de sus propios órganos.

¿Esta vez qué sería? ¿Un trozo de músculo? ¿Lo que quedaba del hígado?

Tiró de la cadena.

De todos modos, al final, no interesaba mucho. Aun si el parásito continuaba atacándola y masacrándola desde dentro, vaciándola igual que a las momias de tiempos antiguos, lograría mantenerla con vida de una forma u otra. Todo hasta que ya no la necesitara como escudo.

Faye había descubierto desde un principio que el monstruoso parásito la utilizaba como transporte, y sospechaba que su cuerpo le dejaría de ser útil cuando el día de la extinción de la raza humana por fin llegara, como un genuino infierno sobre la tierra.

Salvo que esos parásitos no eran sirvientes del demonio o enemigos de ningún dios; tan solo eran criaturas haciendo lo necesario para sobrevivir.

Volvió a ponerse de pie para atender el goteo de su nariz, cuya coloración era opaca y apestaba a podrido. Se limpió rápidamente. Al inclinarse sobre el lavabo notó que el goteo continuaba, luego algo le obstruyó el flojo. Faye se obligó a toser y resoplar hasta que su nariz quedó libre y vio un trocito carnoso caer en el lavabo.

No pudo razonar que quería llorar cuando se percató de que aquello era un pedazo molido de su cerebro, del tamaño de una uña y manchado de la misma tinta asquerosa que antes.

Parpadeó. Estaba cansada de todo esto.

El parásito pareció echarse a reír, dejando escapar un extraño gorgoteo de los labios de Faye; pronto sintió un par de dedos alargados escalando por su garganta hasta que pudieron abrirle la boca. Su respiración se cortó y comenzó a golpear el pecho, pidiendo piedad mentalmente, y como

respuesta el parásito volvió a reírse. Otro gorgoteo.

Una tercera figura escaló rápidamente por la garganta de Faye, soltando sonidos extraños como de papel rasgándose. Faye sintió patas de insecto pisándole la lengua, y luego una criatura similar a un escarabajo con cuerpo de ciempiés cayó en el lavabo.

Capítulo 4

Faye tuvo ganas de volver a vomitar cuando vio a la criatura reptar sobre el trozo de cerebro.

Lo rodeó cual serpiente protegiendo su presa y chasqueó sus mandíbulas mientras su cuerpo entero temblaba y comenzaba a gotear como un trozo de hielo expuesto a un sol ardiente. Antes de desintegrarse por completo, logró clavar sus mandíbulas sobre el órgano descuartizado.

Con los ojos abiertos como platos Faye retrocedió e instintivamente miró hacia arriba: el espejo. Se miró, con la boca entreabierta y los dedos del parásito asomándose a cada lado de su lengua; el parásito se burló de su temor empujando el paladar y la mandíbula de Faye, abriéndole la boca por completo.

Tuvo arcadas, pero a pesar de que se dio la media vuelta podía seguir sintiendo la manera en que las extremidades del parásito cambiaban y temblaban, dejando de ser dedos para luego ser garras y luego tentáculos. La falta de oxígeno hizo que todo comenzara a dar vueltas, nublándole aún más la razón.

Le escurría líquido negro por la barbilla y entonces el parásito acarició con una delgadísima garra el ojo derecho de Faye, desde dentro, cegándola por segundos de dolor agonizante. Cayó de rodillas y cuando se estrelló contra el suelo, los dedos, las garras, los tentáculos, se arrastraron de vuelta a su escondite.

Faye soltó un gemido ruidoso al volver a captar aire, y el solo sabor de este la hizo volver a meter la cabeza en el inodoro para vomitar.

En silencio rogó porque nada volviera a pasar, rogó porque el parásito se quedara dormido, rogó para que no volviera a darle por demostrar el poder que tenía sobre ella, y rogó y rogó, y no pudo evitar echarse a llorar.

Pasado un largo rato finalmente sintió que otra vez tenía el control sobre sí misma.

Suspiró, saliva y lágrimas goteándole de la cara al tiempo que escupía al inodoro y bajaba la cadena.

Se puso de pie lenta y torpemente, desvistiéndose para meterse en la ducha. Mientras lo hacía no pudo evitar ver la infinidad de cicatrices que le cubrían el cuerpo, desde el cuello hasta los dedos de los pies: pruebas permanentes de su impotencia contra el enemigo.

Capítulo 5

Mientras el agua le empapaba el cuerpo, su mente decidió vagar hacia el pasado.

Mucho tiempo atrás había visto extrañas protuberancias moviéndose debajo de su piel y se las había intentado sacar de encima clavándose cuchillos y rasgándose la carne, queriendo nada más que matar a lo que sea que le estaba jodiendo desde dentro.

Llegó a diseccionarse tan profundo que varias veces se lastimó los huesos de sus brazos y piernas, y cuando introducía los dedos dentro de las aberturas en su piel, intentando sacar a esos parásitos, no encontraba nada más que músculo y tejidos ensangrentados. Cada vez que veía algo arrastrándose, cada vez que veía su piel abultándose, lo intentaba. Pasaba horas con cuchillo en mano, desnuda y sentada en el suelo de su habitación, prestando atención a cualquier movimiento fuera de lugar para ponerse a trabajar. Pero en cuanto clavaba el filo, su cuerpo tan solo dejaba escapar valiosa sangre.

Más tarde empezó a comprender la situación: las protuberancias en realidad pertenecían a un solo parásito con mil formas. Y era parte de sí, como su estómago o nuevos mechones de cabello, y no podía deshacerse de él porque compartían una misma vida.

Faye no podría morir si así su parásito no lo quería.

Intentó matarse tragando pastillas, colgándose del techo, electrocutándose en la bañera, cortándose las venas, y nada funcionaba en absoluto. Solo sentía el dolor, la helada soledad, y siempre despertaba para ver el amanecer de un nuevo día.

Las cicatrices estaban allí para recordarle su mala suerte.

Abrió los ojos y se deslizó para sentarse sobre el suelo, mientras la regadera continuaba empapándola. Fijó la mirada en las baldosas de la pared. Revivir todo aquello hizo que su cabeza palpitara, doblegándola a hundirse en un nuevo llanto silencioso dentro de un silencio hambriento de sus alaridos. Sintió que su cuerpo entero estaba envuelto en llamas.

Negando con la cabeza deseaba no ser tan vulnerable, ¿qué razón tenía ella de ser la víctima?

De pronto, sin explicación ni razón alguna, un día comenzó a sentir caricias en el estómago y sus pesadillas ruidosas e inhumanas

comenzaron.

¡ZAZ!

Condenada a sufrir dolor, burlas y tortura porque el parásito la había escogido a ella.

Preferiría pudrirse en el infierno a saber que le había dado una entrada a su mundo, después de lo cual acabaría siendo una marioneta desechable.

¡Qué trágico! ¡Pobrecilla! ¡Condenaste a tu especie sin saberlo!

Faye no entendía cómo, pero estaba segura de que sus sueños no eran más que presagios, y esas siluetas negras dentro de los mismos eran los parásitos que pronto conquistarían a la Tierra.

Capítulo 6

—¿Y si ya están aquí? —dijo, apenas sintiendo su alrededor, sin ver lo que tenía enfrente—. Infectando a otras personas como yo, hospedándose dentro de ellos hasta que sea tiempo de salir... Hasta que sean lo suficientemente fuertes.

Mordió su labio inferior con fuerza y descargó ambos puños contra el suelo.

—¡Putos parásitos! ¡Hijos de puta! —sus costillas crujieron, su pecho tembló, y comenzó a escupir sangre mientras hablaba—. ¡Malditos malnacidos! ¿Por qué tuvieron que joderme a mí? ¿Por qué a los humanos? ¡Desgraciados, bastardos! ¡Infe—!

Algo reventó dentro de su garganta.

Comenzó a toser y escupir, viendo sangre y trozos de cartílago y músculo escapándosele de la boca; el espeso color carmesí se entremezcló con el agua que bajaba hasta el drenaje, y terminó vomitando más de sus propios tejidos entre gemidos y lloriqueos.

Entendió bien el mensaje al darse cuenta de que lo que escupía eran pedazos de cuerdas vocales.

No era buena idea hablar mal de los parásitos. ¿O es que se olvidaba de quién tenía el poder aquí?

Faye perdió la voz.

Tras fingir valentía por un minuto, se echó a llorar.

Se quedó en la bañera horas, abrazando sus rodillas para intentar reconfortarse e intentando tomar valor suficiente para dejar atrás la agonía sofocante que ya tomaba las riendas de su vida; pero el parásito no se lo permitió.

La aterraba.

Acabó agotada por el dolor y salió del baño para tumbarse otra vez sobre su cama, siendo presa de un inmenso sopor.

Parpadeó mientras su cuerpo temblaba a causa del parásito. Al cerrar los ojos se preguntó por cuánto más le torturaría, ¿cuándo es que las pesadillas se harían realidad finalmente?

De lo único de lo que era dueña era de sus anhelos, pero algo le decía que eso también lo acabaría perdiendo.